

# DUCHA

## LA VUELTA A FRANCIA



El lector está, sin duda, más convencido que algunos franceses de que a Francia no hay que darle vueltas.

Ellos, menos tardíos, pero también menos enterados que Blum, revelan, sin proponérselo, su complejo democrático en la elementalidad ingenua de su famosa línea «Maginot», esperando del enemigo eterno que les atacara de frente con una supuesta simplicidad leal, que ha hecho perder dos años al propio Blum y a todos los franceses que no comen en las mesas de las «doscientas familias», que, dicho sea de paso, son, afortunadamente, la inmensa mayoría.

Pero los bárbaros no han olvidado la lealtad, sino que han podido erigirse en nueva amenaza precisamente porque no la conciben ni la pueden concebir. Porque ellos bendicen con el puñal a las masas que les dejaron ponerse delante de ellas, de aquella cínica manera que pronosticara don Francisco de Quevedo:

Pero a qué viene todo eso?, dirán ustedes. Y la explicación va «como las bulas».

El pasado martes empezó a correrse la Vuelta a Francia, que, al cabo de sus treinta y dos años, famosa ya, discrepa de sus antepasadas hermanas en que se juega al revés.

Se sale de París a buscar, por Caen, el Atlántico y Bayona; luego se desvía para flanquear los Pirineos y delinear el Mediterráneo francés (con permiso de don Benito); se atraviesan seguidamente los Alpes y se llega a Lille bordeando las fronteras de Suiza y Bélgica, las madrugadoras neutrales.

Se termina en París. Entretanto se adivina que ustedes han pensado en la línea «Maginot».

Es inevitable. Y más cuando se lee que la primera etapa la ha ganado un alemán: Oberbek, seguido a diez segundos de un italiano: Bini.

Seguramente ellos, mientras marcaban con el pedal la monótona llanura de París a Caen, tampoco lograron abstraerse de estas mismas sugerencias perversas.

En la contienda, y a pesar de que no entienda en ella la «no intervención», se alinearon: franceses, belgas, italianos, alemanes, suizos, holandeses, luxemburgueses... ¡y hasta españoles!

Ustedes puede que echen a faltar los moros, pero no olviden que estos cristianísimos caballeros corren mejor con las máquinas de escribir...

El primero que ha vestido el «maillot» amarillo ha sido... otro alemán: Wekerling.

Sin embargo, los «técnicos», que en Francia aun no son alemanes, pronostican que la gigantesca prueba rendirá en las etapas más duras a los letones y los desplazará hacia la penumbra de su probada mediocridad.

Pero por natural asociación de ideas, también se desplaza este optimismo para reintegrar la pesadilla alemana al primer plano de las maliciosas suposiciones.

Supongamos, por ejemplo, lo que pensará Hitler de esta carrera.

Al fin y al cabo, la vuelta a Francia, sin V mayúscula, tiene para los germanos más trascendencia que la competición comercial de «L'Auto», y no es redundancia.

Es seguro que un fatídico sábado habrá soñado el «führer» con fruición y hasta sin vanidad que el «routier» más dotado de probabilidades en la vuelta a Francia que él corre, es él mismo, y hasta puede que se haya reído con ironía de la tenacidad obusa de ese italiano que ha entrado en segundo lugar en Caen.

Hitler, como todos los predestinados, puede que crea en la significación de los sueños... o puede que no crea después de aquel sábado de Praga que le saltó jueves.

Pero lo peor es que cuando soñaba «eso», como tantas otras veces, dormía con un ojo abierto ese «kolosal grimpador» de todas las competiciones rencorosas.

¡Ah! ¡Y ustedes perdonen!

## La Comisión Consultiva de Ayuda a los Refugiados

Se ha reunido la Comisión Consultiva de Ayuda a los Refugiados, para su reorganización, de acuerdo con el decreto del Gobierno de la Generalidad del 14 de agosto de 1937.

Tomaron posesión de su cargo los nuevos representantes designados.

Por las entidades representadas se trataron diversos asuntos de interés, entre ellos el deseo de que se llegue a solucionar el problema de la hospitalización de los refugiados que lo necesitan y el de la formación cultural de los niños refugiados para que puedan ingresar unos y otros, con el mismo derecho que cualquiera otro ciudadano de Barcelona, en los hospitales y escuelas, respectivamente.

El señor Altaba indicó que, por lo que hacía referencia a los niños, el problema era grave, puesto que el número de niños refugiados en Cataluña era considerable.

En breve se procederá a la inauguración de nuevas granjas-escuelas para niños, las cuales, con el refugio «Catalunya» y el de la Granja «Apel·les Mestres», donde se encuentran acogidos en condiciones inmejorables unos cuatrocientos niños y niñas de distintas edades, solucionarán en gran parte esta obra de asistencia social.

Se habló extensamente de las condiciones de razonamiento de los refugiados y se mantuvo el criterio de que en este aspecto no debían existir privilegios de ninguna clase entre los refugiados de las diferentes regiones, surgiendo la iniciativa de aglutinar en comedores populares a los refugiados de cada región.

También se habló de la colaboración que se ha de prestar a la obra altruista de los «Amigos de los Quáqueros», los cuales han establecido cantinas para los niños en diferentes lugares de Cataluña.

Finalmente se acordó celebrar la próxima reunión el miércoles venidero, día 13.

## CONSIDERACIONES INACTUALES

# DE MI DIARIO

Leo, en su versión francesa, un relato de David Garnett: «La femmen changée en renard». Este título, que corresponde con exactitud al título originario, resulta, pues, inverosímil, pero es inverosímil que pretenda ser reticente. Aunque el humorismo de los concienzudos escritores ingleses sea un humorismo de «frigidité», se me antoja poco honorable imaginar que David Garnett — un «gentleman», sin duda, — haya depositado en el rótulo de su zoológica elucubración una perfidia tan glacial y chabacana. Por otra parte, «fox», en inglés, aun refiriéndose a un animal hembra, es vocablo exento de significación anfibia. Conste, pues, que no hay modo legítimo de reputar «shocking» el título de la novela de Garnett ni el hecho de que una dama inglesa, Sylvia Fox, haciendo honor a su apellido, se metamorfosee en una zorra. De Ovidio acá, lo de las metamorfosis es menester tan poco elegante como desusado. Pero el fenómeno de la transmigración no es un mito. Y la fábula y aun la realidad admiten, tal vez en desacuerdo con la zoología, que los hombres se conviertan en personajes de Esopo — o mejor, de Isopete, — y que los hermanos del de Asis hagan veces de hombre y aun que pronuncien discursos. Pero volvamos a lo romance y al romance de «La femmen changée en renard». A la postre, si los moluscos, según el maestro Dario, tan buen catador de ostras, tienen reminiscencias de mujeres, las mujeres tal vez no resulten incompatibles, a despecho de no se que esotéricas desafinidades, con las zorras. Y esta suposición no aludo — ¡que conste! — a la astucia ni a la rapacidad, que son las características femeniles que más comúnmente se le atribuyen a la zorra, o las proclividades zorrunas que más corrientemente se le achacan a la mujer. Me refiero, naturalmente — como diría el genial dramaturgo Jacinto Grau, — a otra afinidad que, en cierto modo las identifica en la estimación de los hombres. El ya citado Grau nos haría saber, por ejemplo, que los ojos de la mujer celosa nos taladrarán con el arisco rencor inconfundible de la «renard» en celo.

Como exponente de la moral de nuestra retaguardia, copio a continuación los párrafos más expresivos y significativos de una epístola que acabo de recibir. El autor de esta epístola — sólo apunto sus iniciales para no lastimar su modestia y también por seguir el uso y la boga de las siglas o anagramas — es G. R., uno de los escritores humorísticos más serios y veraces que conozco. Dicen así:

«La verdad es que yo — hombre sencillo y colombófilo, con tendencia al zureo, como la paloma duenda, y enemistado personalmente, por incompatibilidad de humor, con la hiel y los rejalgares, — absorbo, hoy por hoy, la vida, si no en buches de fruición voluptuosa, por que la degustación del momento no le puede parecer grata a ningún paladar que se estime, si en tragos soportables y corroboradores que sólo tienen la aspereza y la acerbidad de las «circunstancias». Pero a mí estas «circunstancias» que entrecorren no me acorrujan o capitidismuyen. Por el contrario, me confortan. Yo no soy, pese a quien pese, un español venido a menos.

Al español legítimo no hay quien le descorrazone. Tiene un corazón — hoy puede decirse sin jactancia y sin hipérbolo — a prueba de bombas. Más que heroico, el español es estoico, hombre de aguante. De mucho aguante. Si la consigna de «resistir» es heraldo de la victoria, saludemos ya, sin dormirmos en suerte, el triunfo de nuestra pacienzuda impavidez. Porque lo que resiste un español — a despecho de su fama de intolerante — no lo resisten los dioses del Olimpo. Ni los semidioses, que eran dioses hombrunos, de gran envergadura. Yo no sé, amigo mío, si nuestros lectores de hoy conocerán la leyenda inaudita — es decir, tan poco divulgada — de los trabajos de Hércules. Pues bien: la conozcan o no, es menester que sepan y disputen como incontrovertible que el más canijo de los es-

pañoles tiene una textura atlética — material y moral — que aventaja en poco a la del ultraviril y ultramembrado Herakles. Y en lo que se refiere a trabajos...

Son las diez — son las ocho, — de la mañana. Esplende un cielo purísimo, mediterráneo. Los «útiles» de mi tarea están «dispuestos». Y su feliz disposición coincide con la mía. Huelgan los preámbulos. A trabajar. Ante mí se yergue un buen lote de cuartillas livianas, ganosas de perder su virginidad. Aunque el empuje de mi pluma no es ya el de antaño, serán complacidas, si los dioses lo permiten.

Mas he aquí que los dioses no lo permiten. Las sirenas — las bondadosas y nada capciosas sirenas de alarma — irrumpen en el mar de Odiseo. A poco madrigalizan con ellas, en copiosos dños, los cañones antiaéreos. Por mi casa — un último piso sobremañera... confortable — cruza, con pisada furtiva, el sobresalto. Dos bombas. Un inmueble próximo se escinde — y no diré que por gala, — en dos. A mí sólo consiguen alcanzarme unas misérrimas salpicaduras. Un cristal hecho añicos y un chichón a medio hacer. Entonces, me pulso, reloj en mano, y no por jactancia, sino por manía de neurasténico. Setenta y ocho pulsaciones al minuto. Mi pulsación normal se rezaga en las setenta y cuatro. Por ende, toda la balumba de un gran bombardeo sólo me acelera en cuatro latidos por minutos la danza un si es no es rítmico de mi corazón. ¡Que fracaso para la aviación italoalemana! Porque si a mí — que pertenezco, según dicen, a la espuma de la intelectualidad y que soy, por ende, algo así como la flor de la hiperestesia — no me intimida ni me inmuta gran cosa un bombardeo contiguo: ¿qué se le importarán esos fragorosos derrumbos a los españoles normales?

Bueno. Ensordecido — ¡querido Fabián Vidal! — por las «tormentarias» celestes de nuestros cañones antiaéreos, y sordo al atroz, fúnebre y apremiante campanilleo de las diligentes y perentorias ambulancias de socorro, continuo expugnando cuartillas vírgenes.

A eso de la una y media, y después de lavarme las manos con sosa cáustica — el jabón es un refinamiento o relajación de los esfuerzos, — me dispongo a yantar. Como ya he dicho en repetidas ocasiones, a mí me gusta yantar como yantaban los adalides del medioevo: bárbaramente. Pero la guerra actual no ha civilizado muchísimo. Hoy por hoy, me reduzco a los angostos y conmovedores límites de una sobriedad franciscana. Y, como en el fondo, yo no soy otra cosa que un rapaz algo travieso, me castigo sin postre. Le aseguro a usted que con una disposición de ánimo como la mía, que es, en general, salvo las forzosas y facciosas excepciones, la de toda nuestra retaguardia, no hay modo verosímil de perder la guerra.

Ahora, en estos días, y desde hace muchos días, se habla mucho del Arte al servicio del pueblo. Huelga decir que si el Arte — con mayúscula — no está al servicio o al alcance de todos, no siempre esta restricción es atribuible a la intención o a la limitación del artista. Mientras el pueblo no se capacite y pueda abarcar los designios del Creador, habrá criaturas a quienes el Arte les estará vedado. Conviene también distinguir qué es lo que se da y qué es lo que se toma por Arte. Y, en fin, no es inoportuno que alguien recuerde una verdad harta olvidada por sabida: que el fin del Arte no es la verdad. Esto lo han dicho, con palabras o con obras, todos los creadores. Y, si no yerro, Anatole France lo repite, advirtiendo que se debe exigir verdad — la verdad, — a las ciencias, que se proponen investigar, pero no a la literatura, cuya misión consiste en crear belleza. Plazca o no plazca, incluso el escritor más veraz o verídico no tiene como númer la verdad. El que escribe, o pinta, o esculpe — si, en efecto, escribe, pinta o esculpe — crea. Y la verdad del artista es pura creación o verdad pura, pero no pura verdad.

JUAN JOSE DOMENCHINA

# De un momento a otro

## PROCESO DE DISFRACES

Yo discierno bastante poco en materia de política internacional. Me ocurre lo contrario que a la gente que, desde que comenzó la guerra, ha aprendido tanto como para poner cátedra. La suelen poner, a veces, en medio de la calle, y se oye cada lección... Pero si no soy un linde político, se me ocurre en ocasiones parar mientes en cosas que para los altos especuladores son secundarias y, sin embargo, tienen una trascendencia indudable. Por ejemplo, lo de la retirada de voluntarios me ha traído ciertas preocupaciones. Os las voy a exponer.

Cuando Italia y Alemania enviaron los primeros contingentes de hombres a España, se procuró que estos hombres aparecieran disfrazados con uniformes españoles o con atuendos pintorescos que no delataran su nacionalidad, porque todavía el pudor solía guardar las formas. Entonces fué cuando surgieron los famosos moros rubios, que casi todos finiquitaron en el Jarama. Hasta los moros que Franco importaba de Marruecos, como carne de primera línea, se vestían por aquellas fechas de máscara. Más tarde, al comenzar en el exterior los primeros ruidos sobre la existencia de tropas extranjeras en territorio español, los países invasores, que todavía no tenían interés en soltar prenda, echaron al viento esa mágica palabra que ha andado rodando un año por las cancellerías: «voluntarios». Habían nacido los voluntarios. Los miles y miles de soldados del ejército regular italiano y alemán que Hitler y Mussolini enviaban a invadir nuestro suelo, venían por su propia voluntad. Bien. Aun le quedaba flexibilidad al Comité de Londres y a las democracias, y paciencia a los españoles en lucha. Pero el acuerdo sobre la retirada de voluntarios acaba de ser adoptado y, en ese trance, por si el papel del acuerdo no resulta nuevo papel mojado, los alemanes se apresuraron a transformar sus especialistas militares en funcionarios administrativos, en viajeros de comercio o en simples particulares que figuren como residentes en España desde hace mucho tiempo.

A mí se me ocurre preguntar: Si fracasa esta nueva argucia de los agresores, ¿a qué estrategia recurrirán para salir otra vez del paso? A lo mejor se les ocurre decir que sus soldados han venido a rodar una película de grandes masas en España o que, en vista de que aquí se iba perdiendo la ofición a los toros, querían asegurar con ellos llenos completos en las plazas. Es seguro que nuestros árbitros europeos se quedarían tan tranquilos. Pero también es seguro que los españoles tendríamos que decir algo, y acaso recordásemos el monólogo de Don Juan ante las estatuas. Don Juan desafiaba a las sombras. Nosotros costaríamos a los reñadores. No, ni muertos ni vivos, es decir, ni disfrazados ni sin disfrazar, lograréis arrancarnos lo que es nuestro. Nuestro. Nos ha costado ya excesiva sangre la farsa para que sigamos admitiendo carnavales.

GENIL.

# «Los estudiantes en defensa de la Patria»

## Conferencia de Muñoz Suay

Ayer por la tarde, en el «Casal de la Cultura», el comisario general de la Unión Federal de Estudiantes Hispánicos, compañero Muñoz Suay, disertó sobre el tema «Los estudiantes en defensa de la Patria», en el acto organizado por el Comité Ejecutivo de la referida Unión, con motivo del primer aniversario de la Conferencia Nacional de Estudiantes.

Presidió el acto el camarada Serafín Aliaga, asistiendo al mismo una delegación de estudiantes ingleses de las tendencias liberal y conservadora.

El conferenciante empezó su discurso recordando lo que fué, en su día, la gran Conferencia Nacional de Estudiantes celebrada hace ahora, exactamente, un año, y dice que para conmemorar aquella fecha con la solemnidad debida a su importancia, los estudiantes ponen todo su esfuerzo juvenil para lograr el total aplastamiento del invasor de nuestra patria.

A continuación dedicó un caluroso elogio a la unión sindical y a Cataluña, cuyo pueblo — dice — cada día está más ligado a los destinos de todos los demás pueblos de España.

Los estudiantes luchamos — sigue diciendo el camarada Muñoz — porque la Universidad sea de todos y para todos; para que en ella quepan los obreros de la ciudad y los trabajadores del campo. Luchamos, en fin, como luchamos en otras épocas contra Napoleón, contra Fernando VII, contra Primo de Rivera, contra Mola y, finalmente, contra los señorios de Falange. Hemos ido a la guerra para defender nuestros ideales antifascistas, y porque no queremos ver una España sin cultura, sin ideales ni ambiciones nobles. Y estamos dispuestos a no dejarnos arrebatar las conquistas logradas, como estudiantes, que para nosotros son lo más preciado del mundo. Nosotros somos estudiantes y soldados de España, y es por eso que luchamos contra los traidores que la han vendido a los invasores fascistas.

Destaca la labor de los estudiantes de la zona invadida, los cuales también luchan contra sus dominadores para mantener la cultura popular.

Tiene palabras de elogio para los trece puntos del Gobierno, y dedica un sentido recuerdo a los muchos estudiantes caídos en la lucha, terminando su notable peroración propugnando para que el trabajo a que están dedicados los estudiantes sea amplio, activo y eficaz, en beneficio de la paz, de la cultura y de la libertad, que son las finalidades que integran el programa principal de su actuación patriótica.

Fué muy aplaudido.

\*\* Antipoplético Berdaguer, cura Apoplejía.

## El «Premi dels novel·listes» 1937

Lista de obras que pueden optar al Premio: «Apassionata» de José Sol; «Murales de silencio», de J. Roig Raventós; «Últim romàntic», de Juan Cornudella; «L'arbre del bé i del mal», de Alfonso Maseres; «Romanso d'amor i de guerra», de Vicente Prat; «Entre l'amor i la guerra», de Domingo Diuenge. La Comisión del «Premi dels Novel·listes» ruega a los autores y editores que la adviertan en caso de alguna omisión.

## La conmemoración del 19 de julio

Reunión de la Comisión organizadora. Se ha reunido la Comisión organizadora del segundo aniversario del 19 de julio, compuesta por el Frente Popular, Organizaciones femeninas, Socorro Rojo de Cataluña, Alianza Juvenil Antifascista, Subsecretaría de Propaganda del Ministerio de Estado, Comisariado de Propaganda de la Generalidad y Comité de Enlace C.N.T.-U.G.T.

Esbozado el programa para conmemorar este día de tan profunda significación, han empezado los trabajos necesarios, a fin de que los bravos combatientes y los esforzados obreros de la retaguardia reciban el justo homenaje de las masas populares.

Oportunamente se harán públicos los actos que se están organizando.

## \* MECANICOS AVIACION

Prorrogado plazo instancias. Preparación: ACADEMIA «WANGUERMERT», Cortes, 586